



Universidad
Nacional
de Rosario

Introducción a la Historia (de la Teoría) de la Traducción

María Gabriela Piemonti

Mail: teoria.traduccion@unr.edu.ar

Cómo citar este artículo:

Piemonti, M. G. (2023). "Introducción a la Historia (de la Teoría) de la Traducción". Apunte de la Cátedra de Teoría y Metodología de la Traducción, Traductorado Público de Portugués, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Recuperado de: [insertar link] (u.f.c.: [día/mes/año])

Introducción a la Historia (de la Teoría) de la Traducción

María Gabriela Piemonti

Mail: teoria.traduccion@unr.edu.ar

(Apunte de la Cátedra de Teoría y Metodología de la Traducción, Traductorado Público de Portugués, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario).

I

¿Por dónde comenzar si hemos de abordar la historia de la traducción en sus más remotas manifestaciones? ¿Y por qué? ¿Por qué intentar ver o rever algo de esa historia que parece tan lejana, de ese momento tan diferente a nosotros, que ya estaría superada ampliamente y que, además, nos obliga a volver a una cosmovisión eurocéntrica (porque de América... no sabemos casi nada)?

Cualquier campo de estudios de por sí es tan vasto, tan inconmensurable, y sus orígenes tan remotos, tan difíciles de conocer en su totalidad, tan variados y dispersos, como fácil es leerlo solo con nuestros ojos contemporáneos, trasvasados de actualidad, limitados y sojuzgados por esta simultaneidad que nos inunda, rebasa y empuja hacia el conocimiento obligado del futuro que está allí, al alcance de nuestras manos, que es nuestro, a condición de descartar más o menos elegantemente todo lo antiguo por vetusto, lo “pre-científico” (léase *no-científico*, lo que no es como nosotros), lo superado, lo que puede (y debe) despertar la curiosidad solo de una ornamental, inútil, vana y vacua atención enciclopédica y, si se me permite el término, *enciclopedística*, propia incluso de generaciones pasadas, esas que nada tienen que ver con nuestra actualidad.

La pregunta en el fondo es: ¿realizará una mejor traducción aquel traductor o traductora que se aboque al estudio de las más lejanas y remotas expresiones y reflexiones en torno a la traducción? Del mismo modo, ¿ejercerá mejor la medicina aquel médico o médica que se aboque al estudio de las más remotas manifestaciones, reflexiones y expresiones de la medicina?

Entendemos que esa pregunta está erróneamente planteada porque se origina en y apela a la parcialidad de lo útil, de lo operativo, y ya lleva en sí la presunción y la obligación

de la negación: conocer la historia de la traducción no sirve para traducir mejor. Pero la historia no está desconectada del presente ni del futuro. Ni mucho menos. La historia vive en nosotros, está en nosotros. El presente aloja irremediabilmente el pasado. El presente no sería presente sin el pasado, aunque la relación entre ambos no se caracteriza por ser lineal, no suele reflejar una suerte de continuidad progresiva:

[L]o que interesa al teórico no es la parte de verdad que como simiente albergue la historia, sino la forma en que ese pasado idealizado se aloja en el presente y desplaza de forma sutil cualquier sentido de disconformidad con el estado actual de las cosas hacia otro estado en que el anhelo de lo imposible hace irredentos presente y futuro (López García, 1996: 12).

La historia, especialmente la remota, no por ser remota según nuestra actual percepción del tiempo, es remota en el pensamiento, en su influencia en nosotros o en su condicionamiento en nosotros.

Quizás la pregunta para hacerse sea: ¿cómo y en qué medida ayuda hoy el estudio de las más lejanas y remotas expresiones y reflexiones sobre/de la traducción a quien traduce (quizás, también, más allá de su labor traductora, esto es, en su vida diaria)?

La traducción, como la medicina y otros tantos campos del saber, está efectivamente compelida a la actualidad, a su eficiencia (económica); lucha contra el tiempo para alcanzar un mejor y más rápido resultado. Como si la racionalidad de los tiempos modernos excluyera esos otros tiempos, que no dejan de ser racionales, pero que no son racionales como nosotros y, entonces, no son modernos para esta, nuestra modernidad. Para responder a nuestra probable pertinente pregunta, no conviene en primera instancia una afirmación única ni altisonante, sino subjetiva y motivada desde el puro placer personal, curioso y profesional. Luego será el momento de una instancia de especulaciones racionales, modernas también, de las relaciones nuevas allí donde antes no las había, de la revisión de la actualidad, de la resignificación de “lo vetusto”, y también de “lo actual”, para no caer en reduccionismos tan cómodos y confortables pero al mismo tiempo contingentes en el afán de evitar lo aparentemente complejo, que no es para nada “moderno”. En pro de la eficiencia, hoy parecemos arrojados a encontrar esa palabra que se correspondería exactamente a aquella otra –en otra lengua–, como si ambas lenguas, la otra y la mía, fueran una sola. Unicidad no es sinónimo de simplicidad, y en traducción la búsqueda de lo único se funda en

[...] el anhelo por un pasado edénico, secular o religioso, en el que la ausencia de la traducción era el signo inequívoco de una felicidad fundada en una sociedad

humana que era solidaria con una realidad no mediada lingüísticamente (López García, 1994: 12).

Un anhelo que la traducción y su historia muestran, una y otra vez, que la unicidad, la correspondencia exacta, lo definitivo, el reduccionismo de lo complejo no es posible, por suerte.

Quizás sea cierto que no necesariamente realizará una mejor traducción aquel traductor o traductora que se aboque al estudio de la traducción especialmente en sus más lejanas y remotas expresiones o reflexiones. Pero también es o podría ser cierto que ese estudio, motivado desde el placer más íntimo, hará de quien traduce, en principio, un profesional más íntegro, en el sentido de que pondrá en duda creencias personal y socialmente arraigadas, más vinculadas a lo irracional y lo intuitivo-artesanal-ingenuo-místico, pero también pondrá en duda ideas dominantes –no más ciertas ni mejores que otras– respecto de la enarbolada “modernidad racional” (idea que podrá, también, de ser el caso, confirmada), ideas camufladas bajo el manto de lo natural y corriente, de sentido común, de lo “porque sí”.

Algunos estudian la historia y reflexionan sobre distintos aportes de/sobre la traducción pero, vaya caso, en general, no son traductores. ¿Será que por no ser traductores, esta historia nos resulta remota? ¿Será que si fuéramos traductores quienes nos interesáramos en el asunto, este nos resultaría actual, moderno, racional y contemporáneo? ¿Será que si fuéramos traductores o traductoras quienes nos interesáramos y escribiéramos esa historia remota no enarboláramos banderas de la pura traducción contemporánea?

En cada traducción hay un traductor o una traductora de un momento histórico determinado, que actúa en un contexto específico de naturaleza compleja en lo cultural, social, político, ideológico, etc., en el marco de determinadas relaciones de poder. Y esto sucedió entre los acadios, los hebreos, los griegos, los latinos y sucede entre nosotros. Conocer la historia de la traducción, quizás, también nos ayude a identificar condiciones y problemas constantes, intrínsecos de la actividad, que no son ni privativos de nuestra época ni “remotos”, sino simplemente “traductivos” o “traductológicos”:

‘La historia de la traducción representa un medio casi único de unificación de la disciplina al reconciliar el pasado y el presente, mostrando los paralelos y las coincidencias que existen entre tradiciones de pensamiento y/o prácticas divergentes’. El presente y el pasado no son cajones herméticos, y mediante su búsqueda de la particularidad, el historiador hace contrapeso a las fuerzas que tienden a la uniformidad, a la masificación, a las formas predeterminadas

de pensamiento que la sociedad moderna busca imponer. (Delisle, 2003: 222-223)¹

La traducción y la reflexión sobre la traducción tienen una tradición innegable, aunque no siempre evidente, un “poder no muy claramente definido” (López García, 1994:15). Y tienen una significación intrínseca que es ser una vía para mostrar lo otro y, gracias a tal proceso, permitir reconocernos a nosotros mismos. Como Babel, lo otro nos es indispensable para tomar conciencia de nosotros mismos. Lo otro es lo extranjero, lo extraño, lo extra en definitiva, en lugar y también en tiempo. Sin lo otro nos olvidamos de ser nosotros porque no somos diferentes a nadie y nadie puede ser diferente a nosotros porque el otro está negado, no está, o es tan insignificante que en la práctica no existe. Esto también quiere decir que nuestra forma de traducir, de concebir la traducción y a quien traduce, no es universal ni natural, ni siquiera la mejor. Sino solo... una más, entre tantas. Si el pasado es diferente a nuestra actualidad, lo necesitamos por ser diferente, necesitamos traducirlo para ser nuestro presente:

La tradición de la traducción –la historia de la traducción y su reflexión–, en definitiva, nos muestra cómo “[l]a destrucción total del pasado nos reduciría al silencio. Cuando se desea clausurar definitivamente el pasado, no solo las subjetividades se empobrecen sino que también la gran historia se queda sin texto” (Díaz, 2009: 27).

II

Tenemos noticia de que el ser humano se organizó en sociedad más o menos hace unos doce o catorce mil años –cuando finalizó la última glaciación– en varias partes del planeta, más o menos al mismo tiempo. En aquel período ya habría existido al menos una lengua, de matriz indoeuropea, cuyos orígenes se remontan a varios miles y miles de años. Quizás, desde que comenzó a comunicar –y de esto no tenemos ninguna noticia–, el ser humano tradujo oralmente.

Hay dos grandes corrientes de explicación a la diversidad de lenguas, ambas válidas, por la imposibilidad hasta el momento de establecer una fecha o circunstancia precisa sobre su origen. La primera y más antigua es la de la Biblia misma: en el principio de los tiempos de la humanidad se hablaba una sola lengua, que se habría originado en África, en una época anterior a la primera migración, esto es, hace más de cien mil años. La otra corriente

¹ La frase entre comillas es de Lieven D’hulst, citado en Delisle.

sostiene que nuestros antepasados emigraron de África antes de la invención del lenguaje y que más tarde, cada grupo por su cuenta, dio origen a distintas lenguas (Koerner & Asher, 1995: 18).

Debemos tener en cuenta que en aquellos tiempos no había ni remotamente la cantidad de habitantes que hay hoy² ni instrumentos tecnológicos como la rueda que hicieran fluidas las migraciones, los traslados y los contactos entre distintas comunidades. El gran espacio disponible y el tener que desplazarse caminando seguramente fueron las causas más importantes para que los intercambios tuvieran un carácter muy esporádico, gradual, lento y en muchos casos, poco “comunicativo”, si los comparamos con nuestros días.

Más tarde, con la domesticación de animales de transporte y carga y con la invención de la rueda (hace unos 5.000 años), podemos hipotetizar una mejorada movilización de y entre comunidades³.

Pero la condición oral de la comunicación, propia de aquel momento, previo a la mundialización de la escritura, hizo y hace muy difícil, sino imposible, su estudio y, más aún, el estudio de la historia de la interpretación, también llamada traducción oral, que fue, al menos hasta la llamada invención de la escritura⁴, la modalidad excluyente de vinculación no violenta utilizada y de la cual, lamentablemente, solo tenemos algunas pocas y aisladas referencias, indicios y muchas suposiciones⁵.

² Se estima que hace unos 12.000 años la población mundial rondaba el millón.

³ Parece ser que el perro fue el primer animal en ser domesticado, hace unos 16.000 años, mientras que el burro y el caballo habrían sido domesticados recién hace unos 6.000 años y, poco después, la llama y los camélidos.

⁴ Respecto de la “invención de la escritura”, no estamos de acuerdo en establecerla hace 5.000 años en Mesopotamia. Este criterio de clasificación se basa en una concepción (fonética, silábica) que puede muy bien no coincidir con otros tipos de escritura desarrollados paralelamente y hasta incluso mucho antes (Cardona, 1991).

⁵ El historiador griego Herodoto, quien vivió entre -484 y -425 ca., señala la importancia de los intérpretes en Egipto. Las referencias más antiguas de la actuación de intérpretes con las que contamos son, en efecto, las de las tumbas del III milenio antes de nuestra Era en la isla Elefantina, en el actual sur egipcio. Parece ser que en la Necrópolis de Asuán (<http://www.ujalen.es/investiga/qubbetelhawa/index.php>), específicamente en la tumba 34n de la VI dinastía (-2200 ca.), se halla la inscripción (jmj rA aw) (“aw” es la palabra egipcia para “intérprete”), que significaría “Jefe de Intérpretes”, cargo atribuido en esa tumba a un tal Horchuf (también Harchuf o Hr-hw.f), título que también perteneció a su padre, lo que demuestra que el cargo era hereditario (cfr. Galán, 2011). Por otro lado, en unas cartas de

De hecho, el estudio de la traducción escrita siempre fue y es tema de interés, más o menos constante, y cuenta con una historia tan larga –aunque mucho menos profunda y dedicada⁶– como la historia de la literatura o la historia de las organizaciones estatales y contables, sectores con los que seguramente se asoció en su nacimiento e incluso permitió.

Queda claro que el o la intérprete, además de trabajar con al menos dos culturas y al menos dos lenguas y de intermediar en una situación de vinculación (no necesariamente comunicativa), también tenía la confianza de sus interlocutores o de su cliente. Esta cuestión no es casual, aunque sí muy llamativa en nuestra actualidad, en la que se propugna y se obliga al traductor/intérprete a realizar una *fidedigna*⁷ transmisión de palabras en una lengua, por palabras en otra lengua, como si el trabajar con dos lenguas y en una situación de vinculación fuera solamente una cuestión de palabras sueltas e idénticas entre una lengua y otra, como si los pensamientos, las sensaciones, las ideas, las cosas pudieran ser todos naturalmente escindidos de su nombre y adoptar nombres nuevos en otra lengua, como si todas las lenguas, independientemente de quienes las hablan, pudieran decirlo todo y comprenderlo todo. Antes se trataba de una cuestión de resultados entre seres humanos. Hoy, de palabras supuestamente transparentes e idénticas en su forma, significado, trascendencia e impacto.

Justamente, parece ser que el concepto de *fidelidad*, en épocas remotas, tenía una connotación social muy diferente a la nuestra. En el campo de la traducción/interpretación era, claramente, si se quiere, pragmática, íntimamente ligada a la simbología, coherente también con el prestigio político y social que el intérprete/traductor ostentaba. En otras palabras –y más modernas por cierto–, el “cliente” solo podía evaluar la calidad de la prestación en términos de resultados, esto es, que el intérprete o el traductor lograra concretar el objetivo (en principio, de su cliente), ya fuera de índole económica, diplomática o política. En un contexto así, resultaría obvio que las palabras ni eran sagradas ni

Amarna, del Alto Egipto, figura un tal Kha-an-ia (o Kha-ni-i o Kha-an-ia o Hnw.y), intérprete egipcio durante el reinado de Amenofis III (-1400 / -1353), faraón de la XVIII dinastía. En ellas, Kha-an-ia se presenta como intérprete de Ra y Neith y se asocia a Thot, dios de la escritura y del conocimiento, con rol de intérprete, quizás por haber inventado el número, el cálculo, la geometría, la astronomía, el juego de damas y de dados y las letras (Platón en Tursi, 2007: 11). También en Babilonia, en la época del rey Nabucodonosor (-1135), los intérpretes ocuparon la clase más alta, con facultades de magos.

⁶ Desde Jerónimo de Estridón (340-420) en adelante, todos los autores han citado y leído a sus antecesores, pero recién en el siglo XX contamos con Antologías en varias lenguas que, no obstante, son muy parciales y acotadas.

⁷ Vale recordar que *fidedigno* deriva del latín *fide dignu(m)*, digno de fe, que merece fe, no “idéntico”, ni “equivalente”.

perteneían a un autor sagrado, lo importante o sagrado era la capacidad del intérprete, directamente asociada a la confianza que en este depositaba su cliente.

También importaba el compromiso, el vínculo estrictamente humano. ¿Y cuándo habrán comenzado la ambigüedad discursiva, las posibles múltiples interpretaciones? ¿Cómo las habrán manejado estos seres humanos que apenas comenzaban a comunicarse con la palabra? La “palabra” a secas era un instrumento, un medio, por aquellos tiempos bastante más difícil de manejar que nuestras palabras modernas y racionales, hoy tantas que no se pueden ni contar. ¿Cuántas palabras habrán manejado los egipcios, los sumerios, los acadios y las demás comunidades antes que ellos? ¿Cómo las habrán conservado, usado, enseñado y aprendido? ¿Qué habrán pensado de sus propias palabras? ¿Cómo las habrán valorado? ¿Y cuánto habrán tenido que ver en la comunicación, o en cualquier vinculación, los otros instrumentos y medios humanos, más corporales y menos intelectuales, menos abstractos, como los gestos, las entonaciones, los sonidos que imitaban la naturaleza, la naturaleza misma, la música, el silencio, las supersticiones, la fuerza física, los símbolos, las herramientas y las armas?

En los comienzos de la traducción oral no había escritura (del tipo de la nuestra) que dejara testimonio, pero seguro había compromiso o sometimiento absoluto. Podemos suponer también que había más memoria, confianza y temor (que hoy... o memoria, confianza y temor distintos a los de nuestra modernidad), capacidad la una y actitudes las otras dos que muy probablemente hayan perdurado en el tiempo, incluso hasta después de la invención y difusión de la escritura y de la misma imprenta.

III

La traducción propiamente dicha, es decir, la de textos escritos con nuestra escritura, en el ámbito mediterráneo, apareció con ese registro mesopotámico-egipcio, hace nada más que unos cinco mil años. No es casual este nacimiento precisamente en el momento en que aparecían los primeros Estados y se revolucionaban la demografía, la medicina, la política, la arquitectura y la economía con la invención de la rueda y una nueva organización de la agricultura y una estructura totalmente novedosa de la sociedad. En todo caso, el uno implica los otros, ya que el Estado necesita regular la sociedad, la economía, los cuerpos y la documentación consiguiente. Necesita sistematizar la memoria, antes solo oral – suficiente en tanto y en cuanto no habría sido necesaria ninguna demostración ante los demás–, contar con la posibilidad de repetición para una nueva programación de las

relaciones y su prueba, para justificarse y demostrar, finalmente, los vínculos humanos en el tiempo, las jerarquías, las diferencias, la propiedad, la posesión, el dominio, el poder.

Los primeros Estados hoy conocidos nacieron en Mesopotamia, según dicen los arqueólogos, a partir del poderío militar, y luego –y gracias a este–, de la integración de sociedad, creencias, economía y territorio. El Estado –y la escritura– o la escritura –y el Estado– cambian por completo todo, como nuevas tecnologías, como una caída en dominó: la agricultura intensiva y la producción de excedentes, el crecimiento demográfico y la concentración de la población, la diversificación del trabajo, la arquitectura erigida en símbolo que ordene la producción y el trabajo colectivos y la distribución de la población, que imponga un poder (estatal) ahora todo humano (aunque como representación de algo fuera del alcance humano), cuando antes era exclusivamente sobrenatural, directo, sin intermediarios y bastante incomprensible. De ahí a la construcción de una religión más o menos elaborada y totalizadora, que explicara ese orden y tratara de mantenerlo fundamentalmente mediante el monopolio de la información, la fuerza y la persuasión, había solo un paso.

En efecto, al comienzo, las ciudades de Sumeria (-2900) estaban concebidas como un todo, propiedad de un dios poderoso, al que había que satisfacer. Se trataba de un dios o de un conjunto de dioses “naturales”, es decir, íntimamente armonizados con el ambiente, pero poco comprensibles. En el resto del mundo, otras sociedades también se organizaron en Estados, pero la necesidad de la prueba no se basó en una escritura como la nuestra, sino que se dieron otras formas –orales, simbólicas– de las cuales, lamentablemente no tenemos más que escasos testimonios y otras tantas intuiciones.

En Sumeria la escritura se impuso como garantía directa y privilegiada y como prueba irrefutable de un orden establecido y a consolidar y, desde allí, la idea se impuso a prácticamente todo el mundo. Pensemos en que hoy son inconcebibles vínculos y relaciones humanas y sociales sin la intervención de la escritura. La ciencia misma, la historia, no existirían sin la escritura.

Con la escritura nació la traducción (escrita). Desde entonces, la traducción siempre estuvo en todas partes, allí donde un grupo humano hubo de vincularse a otro. La ciencia misma, la historia, no existirían sin la traducción.

IV

La traducción, así como la reflexión sobre esta actividad⁸, acompañan los grandes y pequeños vaivenes del pensamiento, al menos el occidental, en el vasto campo de las ciencias, de las artes, de las vinculaciones humanas en general, aunque se les haya dado escasa o nula importancia y difusión.

Es posible establecer un período –del cual no tenemos prácticamente ninguna noticia hasta el momento– en el que interpretar/traducir era un acto eminentemente práctico, sin que sus resultados despertaran mayores reacciones, defensas o críticas. Se trata de la antigüedad más remota, aquella en la que intuimos se realizaban “traducciones orales” primero, a las que después se agregaron las escritas, de las que tenemos documentadas solo algunas pocas. Para el pensamiento europeo y occidental, este período de pura práctica comenzó con la comunicación o vinculación humana oral y finalizó más o menos unos cincuenta años antes de nuestra Era –hace algo más de dos mil años–, momento en el que tenemos la primera reflexión conocida sobre la traducción, una introducción a la traducción de los discursos de Demóstenes y Esquines de parte de Cicerón, en Roma.

Hay entonces una posible primera periodización, que comienza con la distinción entre interpretación (desde los comienzos de la vinculación entre los pueblos y comunidades) y traducción (desde la invención de la escritura en Sumeria y Egipto). Y hay otra distinción entre práctica sin reflexión, desde los comienzos de la vinculación hasta Cicerón (-43), y práctica con reflexión, de Cicerón en adelante.

Dentro del período de práctica con reflexión, podemos distinguir entre reflexión y práctica paganas (desde Cicerón en adelante) y reflexión y práctica cristianas (desde Jerónimo de Estridón en adelante), aunque la traducción religiosa como práctica y con alguna que otra reflexión aislada habría comenzado con los Setenta, unos doscientos años antes de nuestra Era⁹.

⁸ La reflexión sobre la traducción recibe hoy los nombres de: Epistemología de la Traducción, Estudios de la Traducción, Traductología, entre otros, como veremos más adelante.

⁹ A propósito de la conciencia del trabajo de traducción, hay una súplica de benevolencia de parte de Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar, hijo de Ben Sirá, traductor del *Eclesiástico*, por los posibles errores de traducción, lo que constituye claramente un primer discernimiento expreso de la tarea:

Te ruego, pues, que leas con atención y benevolencia y que seas indulgente si, a pesar de mi esfuerzo, no he acertado con la traducción de algunas frases. Porque lo que se expresó originalmente en hebreo no conserva el mismo sentido, traducido a otra lengua. Y no sólo este libro, sino también la ley y los profetas y los restantes libros son

Ciertamente reflexión no es lo mismo que teorización. Así lo señalaron, entre otros, George Steiner (1975) y Julio César Santoyo (1987). Para el primero, el período comprendido entre Cicerón y Tytler¹⁰ es netamente empirista, comenzando con este autor la investigación hermenéutica. Santoyo señala cuatro períodos en la historia de (la teoría de) la traducción: traducción oral, traducción escrita y oral, reflexión (de Cicerón en adelante) y teorización (de Tytler en adelante), aunque es necesario subrayar que no siempre se trató de reflexión de traductores y que solo una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, en Occidente, comenzó la reflexión sistemática, en la mayoría de los casos, de traductores y traductoras.

De hecho, es en los últimos ochenta años que es posible distinguir un interés sostenido y autónomo por (la teoría de) la traducción, cada vez más escrita por traductores y traductoras, a quienes se han ido agregando los y las intérpretes.

El primer período de estas ocho décadas (años 50 y 60 del siglo XX) estuvo marcado por la dependencia de la lingüística, especialmente de la lingüística aplicada. Sus autores –mayormente lingüistas, matemáticos e ingenieros, no traductores– en general nombraron esta área de interés “Ciencia de la traducción”. La unidad de traducción era la palabra o, a lo sumo, la idea; el género textual preferido para los análisis era no literario, establecían una dependencia absoluta de la traducción respecto del texto fuente y tenían finalidades prescriptivistas, centradas en el resultado. La traducción era una cuestión entre lenguas.

El segundo período (años 70 y 80 del siglo XX) estuvo marcado por la dependencia de la literatura y la crítica literaria. Sus autores, mayormente literatos, nombraron esta área de interés “Teoría de la traducción”. La unidad de traducción era el texto, el género textual preferido para los análisis era el literario, establecían una dependencia absoluta de la traducción respecto del texto fuente y tenían finalidades teóricas descriptivistas y prescriptivistas, centradas en el proceso y en el resultado. La traducción es una cuestión entre textos (textocentrismo).

Por aquellos mismos años surgió en Alemania otra corriente, la funcionalista, que si bien al comienzo tuvo una fuerte impronta lingüística y estuvo centrada en el texto fuente y

muy distintos en su lengua original (Prólogo, p. 2:

<https://www.bibleclaret.org/bibles/lbnp/AT/46Eclesiastico.pdf>).

¹⁰ El escocés Alexander Fraser Tytler, Lord Woodhouselee (1747 - 1813), fue abogado, escritor, profesor, historiador y catedrático en la Universidad de Edimburgo y juez del Tribunal Supremo Civil y Penal de su país. En 1793 publicó en Londres su *Essay on the Principles of Translation* (Ensayo sobre los Principios de la Traducción), obra a la que se refiere específicamente Steiner.

en la dependencia de la traducción respecto de aquel, poco a poco comenzó a incorporar los aportes de la antropología y la sociología, entre otras ciencias sociales, puso en entredicho la dependencia de la traducción respecto del texto fuente, se interesó por todo tipo de textos y géneros textuales salvo la literatura, se independizó de la lingüística (considerándola necesaria pero no suficiente) y propuso como unidad de traducción la situación traductiva, en la que intervienen varios actores, cada uno de ellos con funciones diferentes que pueden incluso llegar a ser contradictorias. La traducción es una cuestión de situaciones puntuales complejas que exceden los textos y las lenguas, en las que es necesario tener en cuenta los varios factores condicionantes, es una cuestión entre hablas en una situación específica.

A partir de los años 80 y 90 del siglo XX, el nombre del ahora “campo de estudios” es Traductología o Estudios de Traducción (*Translations Studies*), la unidad de traducción es la cultura. Todos los textos son objeto de reflexión y análisis, el interés es descriptivista, de(s)constructivo o constructivo, con influencia filosófica –idealismo, fenomenología, indeterminismo, hermenéutica y de(s)construcción– y posestructuralista (Foucault), centrado fundamentalmente en el sujeto traductor, en los procesos, las culturas, la política, y la interrelación permanente entre práctica y teoría. Este conjunto de enfoques es muy amplio y rico de intereses y ha dado espacio a varias corrientes, entre ellas, dos conocidas actualmente en todo el mundo: las teorías postcoloniales y las teorías feministas de la traducción. La traducción es una problemática cultural, política, ideológica, propia de la cultura de llegada.

También en este período surge una corriente de investigación centrada en la mente de quien traduce y, por lo tanto, en el proceso traductor, en la que algunas líneas incorporan la psicología cognitiva o las neurociencias y todos sus recursos y conocimientos. La traducción es una problemática subjetiva o cognitiva, propia de quien traduce. Y con las nuevas tecnologías, podría afirmarse que tenemos también una línea que sostiene que la localización (Pym, 2016) y la inteligencia artificial lo están revolucionando todo, cuya envergadura sería comparable a la invención de la escritura y de la imprenta.

Estas líneas –aquí presentadas a muy grandes rasgos, a las que sin dudas pueden agregarse otras más– tienen vigencia en la actualidad, según quien traduzca y quien reflexione sobre la traducción. Y, a pesar de todas las revoluciones tecnológicas, industriales, culturales, sociales y políticas, en especial las del último siglo, pueden establecerse varias y sorprendentes similitudes entre, por ejemplo, el primer período y la localización y varias prácticas medievales, el segundo período y distintas reflexiones de Cicerón en adelante, el tercer período y diferentes prácticas y reflexiones de todos los

tiempos¹¹. Del conocimiento de esa historia se hallarán, nos dice López García (1994:18), “curiosas preocupaciones universales” que no son propias de ninguna época, tanto menos de nuestra modernidad, para las cuales ya han sido oportunamente propuestos análisis, estudios y soluciones, en tantos casos más interesantes, rigurosos y profundos que varios análisis, estudios y soluciones modernos.

No hay práctica (al menos en traducción y en interpretación) sin teoría, afirmaba nuestro Sergio Viaggio. Varias prácticas, varias traducciones diferentes de un mismo texto fuente, varias interpretaciones de un mismo discurso fuente, implican varias teorías. Y cada una de esas teorías, aunque no resulte claro a primera vista, se apoya “en una tradición retórica particular” (López García, 1994: 20), en determinadas ideas, concepciones y posiciones que nada tienen de universal ni de natural. A *traduttore traditore*, Folena (1994) oponía *traduttore tradizione* y afirmaba también que no hay teoría sin experiencia histórica.

Para comprender la práctica, entonces debemos entrar de lleno en los paralelismos mencionados, debemos entrar en nuestra tradición, en nuestra historia.

¹¹ Cfr. Pym (2016) para los posibles paralelismos y comparaciones.

Bibliografía

- AA.VV. (1966). *Enciclopedia SALVAT*. Editores Argentina S.A.: Bs. As.
- Barthes, R. (2005). *El grado cero de la escritura*. Siglo XXI: México.
- Bayet, J. (1996). *Literatura latina*. Ariel: Barcelona. Trad. de J. I. Ciruelo.
- Cardona, G. R. [1981 (1991)]. *Antropología de la escritura*. Gedisa: España. Trad. de A. L. Bixio.
- Delisle, J. (2003). “La historia de la traducción: su importancia para la traductología y su enseñanza mediante un programa didáctico multimedia y multilingüe”, en AA.VV., *Íkala, revista de lenguaje y cultura* n° 8: Universidad de Antioquía, Medellín. Trad. de A. M. Salvetti, p. 221-235: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=255026028010,%2520ISSN%25200123-3432>
- Díaz, E. (2009). *Posmodernidad*. 4º ed., Biblos: Bs. As.
- Dizionario latino*: <http://www.dizionario-latino.com/>
- Folena, G. (1994). *Volgarizzare e tradurre*, Einaudi: Turín.
- Galán, J. M. (2011). “Intérpretes y traducciones en el Egipto imperial”, en: *SÉMATA, Ciencias Sociales e Humanidades*, vol. 23: Imperios: luz y tinieblas. ISSN 1137-9669, pp. 295-313: <https://minerva.usc.es/xmlui/handle/10347/7076>
- García Yebra, V. (1994). *Traducción: Historia y Teoría*. Gredos: Madrid.
- Grimberg, C. & Svanström, R. (1984). *Historia Universal*, Tomos 1 y 3. Círculo de Lectores: Bs. As. Trad. de T. Riaño.
- Kelly, L. G. (1979). *The True Interpreter*. Basil Blackwell: Oxford.
- Koerner K. & Asher R., ed. (1995). *Concise History of the Language Sciences*. Pergamon: Oxford.
- López García, D. (1996). *Teorías de la Traducción. Antología de textos*. Escuela de Traductores de Toledo. Edic. Univ. de Castilla, La Mancha, Cuenca.
- Mallafré, J. (1991). *LLengua de tribu i llengua de polis*. Quaderns Crema: Barcelona.
- Moret, A. (1945). *Gli dei dell'Egitto*. Spartaco Giovene: Milán.
- Mounin, G. (1997). *Teoria e storia della Traduzione*. Einaudi: Torino. Trad. de S. Morganti.
- Pym, A. (2016). *Teorías contemporáneas de la Traducción. Materiales para un curso universitario*. Trad. de N. Jiménez et al. Intercultural Studies Group. Publisher: Intercultural Studies Group. Tarragona: <http://isg.urv.es/>
- Ritoré Ponce, J. (1994). “Ideas sobre la traducción y concepciones de la lengua en los autores antiguos”. En: Charlo Brea, L. (ed. lit.), *Reflexiones sobre la traducción. Actas del Primer Encuentro Interdisciplinar "Teoría y práctica de la Traducción"*. Universidad: Cádiz, pp. 603-612.
- Santoyo, J. C. (1987). *Teoría y crítica de la traducción: Antología*. Universitat Autònoma: Barcelona.
- Senner Wayne, M. (2001). *Los orígenes de la escritura*. 4ª ed. Siglo XXI: Bs. As.

Steiner, G. ([1975]1998). *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. FCE: México. Trad. de A. Castañón y A. Major.

Thieme, K. (1956). “Die Bedeutung des Dolmetschens für die ‘Weltgeschichte Europas’”. En: Thieme, K., Hermann, A. y Glässer, E.: *Beiträge zur Geschichte des Dolmetschens*. Isar Verlag: München.

Tursi, A. (2007). “La vuelta al libro en cuatro milenios”. En *Revista Ñ* n° 186, 02/04/2007, pp. 10-11.